

▲ EL PAÍS TEATRAL



HIJO DEL CAMPO

MARTÍN MARCOU

 EDITORIAL
INTeatro



EL PAÍS
TEATRAL

HIJO DEL CAMPO



Martín Marcou

 EDITORIAL

Marcou, Martin

Hijo del campo / Martin Marcou - primera ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2025.

Libro digital, PDF - (El país teatral)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3811-96-8

1. Teatro Argentino. I. Título.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

Foto de tapa: Inés Pérsico Baldomir

**CONSEJO
EDITORIAL**

Mariano Stolkiner
Victor Manuel Agüero
Sandra Franzen
María Paula del Prato
Claudia Quiroga

**STAFF
EDITORIAL**

Juan Ignacio Crespo	Dirección y coordinación
Laura Legarreta	Distribución
Agustina Periale	Diseño de tapa
Mariana Rovito	Diseño de interior y maquetación
Mariana Rovito	Diagramación
Sol Correa	Corrección

© INTeatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-96-8

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Marzo de 2025 / Primera edición

Mi razón no pide piedad... se dispone a partir

POR YANINA ANDREA LEONARDI

▲ El paisaje patagónico conforma el mundo que habitan los personajes de la dramaturgia de Martín Marcou. La llanura santacruceña, la aridez y hostilidad que presentan la tierra y el clima, la soledad y largas distancias componen el entorno de seres que se caracterizan por tener una sensibilidad diferente. Obviamente que esa peculiaridad los convierte en ajenos en un ámbito que es el propio y, en consecuencia, lxs expulsa u obliga a resistir para defender su esencia.

Hijo del campo, estrenada en 2016 en CABA, forma parte de una trilogía compuesta por *Te estaba esperando* (2016) y *Rancho blanco* (2007). Su protagonista es un joven gaucho patagónico que narra su trabajo cotidiano en el campo junto a su familia, acompañado por una gaucha con su guitarra, quien interpreta una serie de conocidos temas folklóricos que funcionan como un intertexto de la historia narrada. En el relato del gaucho, aparece la rudeza de la labor campera junto con la hostilidad de la tierra, tal como señalamos al comienzo; pero la tensión más fuerte proviene del mundo cultural que ese territorio presenta y encuentra como eje a la figura paterna que es quien establece

el mandato. Frente a este panorama que la obra nos muestra, podemos preguntarnos: ¿es posible una cultura gaucha que cuestione los mandatos del patriarcado? ¿Sigue siendo un gaucho quien pone en cuestionamiento dichos mandatos? ¿Deja de ser un gaucho quien abandona el campo?

Estos serían algunos de los interrogantes que Marcou nos plantea desde esta obra que ya planifica su décima temporada en Buenos Aires. Obviamente que pueden ser muchos más cada vez que emprendemos una nueva lectura o asistimos a una puesta en escena montada en el ámbito porteño o en cualquier otro lugar del país, tal como ya ha ocurrido. La dramaturgia de Marcou está atravesada por determinadas problemáticas de género –muy tempranamente, incluso antes de que dichos temas cobraran centralidad en la agenda oficial–, donde la constante observada es una sensibilidad y corporalidad que no encuadra en el mundo que habita.

Hijo del campo nos presenta dos personajes que ponen en jaque a la cultura gaucha. Lo femenino a través de la figura de la madre, que es referida en el relato, cumple con el rol pasivo establecido para las mujeres en el campo, desde la abnegación y el sometimiento. Pero no ocurre lo mismo en la escena, donde se nos presenta “una gaucha” con su guitarra –y no una china–, interpretando un repertorio tradicional. No se problematiza ese rol, directamente ella lo toma –quizás sea el único camino–, y se desempeña como una cantora con indumentaria campera que acompaña con sus canciones las vicisitudes del gaucho. Por otro lado, tenemos al rol masculino, a un gaucho diferente,

pero que no por ello deja de ser tal. A partir del enfrentamiento que este protagonista mantiene con el entorno del que proviene, Marcou nos invita a realizar una deconstrucción de la figura del gaucho, tarea ambiciosa considerando la dimensión simbólica que esta tiene para la Argentina. Pero dicha tarea se vuelve acertada cuando se la conduce desde el abordaje de la sensibilidad presente en el relato y las letras de las canciones, que funcionan como banda sonora de la obra. Asimismo, la obra también nos propone pensar la deconstrucción de los mandatos en el mundo rural actual. ¿Es posible asumir roles propios del campo dejando de lado los mandatos pensados para lo femenino y lo masculino? La obra nos plantea una tensión al respecto, un sutil cambio en la corporalidad del protagonista evidencia que ya no puede permanecer allí, sin embargo, continúa siendo un “hijo del campo” más allá de todo, y seguirá llevando ese mundo como parte de su identidad vaya donde vaya, quizás como una forma de resistencia.

■

2015

Se estrenaron cinco versiones del texto: Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2016); Lago Puelo, Chubut (2018); Tandil, Provincia de Buenos Aires (2022); Mendoza (2023); Río Gallegos, Santa Cruz (2024).

■

Martín Marcou nació en un pueblo de la Patagonia Austral, en Argentina. Es dramaturgo, director escénico, actúa, coordina talleres de dramaturgia y es docente universitario. Es Maestrando en Estudios de Teatro y Cine Latinoamericano y Argentino (Universidad de Buenos Aires). Licenciado en Artes Audiovisuales (Universidad Nacional de San Martín) y egresado de la carrera de Dramaturgia de la EMAD (Escuela Metropolitana de Arte Dramático). Realizó el posgrado Escrituras: creatividad humana y comunicación (FLACSO). Entre sus obras se destacan: *Hijo del campo*, *Te estaba esperando*, *Chorando se foi*, *Mi corazón no es de piedra ni madera*, *Antígona de las nieves* y *Rancho blanco*. Sus textos fueron versionados y representados en Argentina, Puerto Rico, Venezuela, Chile y España.

NOTA DEL AUTOR

Unos años antes del estreno de *Hijo del campo*, comenzaron a quebrarse los pactos originales de aquellas reglas impuestas que erigen la idea de masculinidad y aparecieron nuevas formas de habitarla. Ese concepto fue mutando por el efecto del tiempo y el trabajo a conciencia de las personas que pujan por el cambio de viejos paradigmas. En ese mismo sentido, el texto intenta reconstruir la figura mítica del gaucho argentino, pone de relieve y desterritorializa saberes dados sobre este personaje agenciado en las tradiciones culturales. Es una mirada singular sobre los roles de género que se construyen culturalmente, celebra la cimentación de la diversidad sexual en espacios que existen por fuera de las grandes urbes y se piensa a favor de la liberación de los cuerpos y sus deseos.

ESPACIO

El texto está escrito con la intención de ser montado a la intemperie, alrededor de un fogón, mientras se come asado y se pasa, de mano en mano, una bota de vino. Puede adaptarse a cualquier otro espacio.

MÚSICA

Se sugiere un repertorio folklórico.

PERSONAJES

Hijo del campo

La gaucha con guitarra

El asador



1.

Patagonia argentina, mes de enero. Durante el verano se realizan los trabajos de campo. Se esquilan las ovejas, se señalan los corderos nacidos en primavera y se enfarda la lana para la venta. En ese contexto campestre, mientras se desarrolla una jornada laboral, contemplamos en el devenir de las palabras, la soledad del que se siente distinto.

El asador coloca salmuera a las costillas del cordero. Con un gran facón, corta tortas fritas al medio, donde más tarde se colocarán los trozos de carne, y las acomoda en una fuente.

La gaucha con guitarra recibe al público cantando una versión del tema musical "Pa'l que se va" de Alfredo Zitarrosa.

HIJO DEL CAMPO. —*(Ofreciendo un mate al público mientras se termina de hacer el asado.) ¡Mate, que Dios perdona! Qué manera de amanecer. En estos pagos, el sol se asoma poco. Puro viento nomás, escarcha y nieve. Mucha nieve. Y acá, en la estancia de Padre, los días se parecen. Siempre están ladrando el Pelusa y el Cartón. (Grita a los perros mostrando una fusta.) ¡Cállense,*

tumberos! Váyanse a la cucha, perros de porquería. *(Pausa.)*
Pobres perros, pasados de hambre y molidos a garrotazos están. Siempre lo mismo, hay que cascarlos para que obedezcan; son hijos del rigor. La semana pasada, Padre tiró siete perros cascarrias atrás de la cúpula de la Fort F100 blanca y de ahí salimos pa' el basural. Yo iba sentado del lado del acompañante, mirando el cielo. No dije ni una sola palabra. Calladito la boca iba yo. Apenas llegamos, Padre peló el treinta y ocho: una cosa así. *(Muestra al público un revólver imaginario exagerando el tamaño.)* Bueno, más chico. Pa' que te voy a mentir. Entre gauchos no nos vamos a andar pisando el lazo, ¿o sí? Uno por uno los fue bajando del cogote. Tiro seco en el marote y a otra cosa mariposa. *(Se apoya el revólver imaginario sobre la sien y efectúa dos disparos.)* ¡Pum! ¡Pum! ¡Perro que ladra no muerde y si muerde no sirve para trabajar! Si Padre lo dice, por algo será. Al fin y al cabo, los animales también nacen para morir.
¡Qué tanto! *(Sonido de un cencerro. Divisa a los lejos.)* El corral: esa, la que está entrando primero al corral, esa es la yegua madrina. ¿Usted vio cómo refriega su cencerro contra las varillas de ramas secas atadas con alambres? ¿Con qué gracia da vueltas al palenque el animal? Y ese otro, el que va entrando detrás, ese es el cojudo que siempre relincha fiero y desordena a las potrancas. Una vez, hace mucho tiempo, Padre soñó con que yo montase caballos. Me imaginó arriba de un redomón atravesando mis miedos a campo abierto, atropellando la estepa patagónica y dejando a mi paso el suelo desnudo en derredor. Y un día monté yo. ¡Qué no voy a montar! Monté la lobuna cola corta. *(Duda.)* ¿O fue el alazán mala cara? ¿El tostado curvilíneo? ¿El doradillo? ¿El azulejo? ¿El pangaré?

¿El bagual mal arriado? ¿O fue el tordillo viejo y manso como el agua de los pozones? No sé, ahora estoy confundido. Soy de confundirme bastante yo. Mi preferida era la tobiana. El día que encontraron a la yegua muerta adentro de un mojón en la chacra, ese día desgarré mi recado con una faca. Agarré el cojinillo del recado y lo fondeé debajo del catre para que nadie pueda encontrarlo. Con la punta de una de mis espuelas, dibujé su carita en un tronco de pino, y ahí nomás hice un pozo hondo, bien hondo, y enterré las riendas. Y la bauticé a la tobiana, le puse un nombre, que ahora no recuerdo. ¡Qué cosa la memoria!... No me acuerdo. Lo que sí recuerdo bien es que nunca, pero nunca más, volví a montar.

Breve pausa musical. La gaucha con guitarra acompaña el momento rasgando las cuerdas. Canta "Puerto de Santa Cruz". El asador pasa la bota de vino tinto de mano en mano.

2.

HIJO DEL CAMPO. —El tropel de peones churrasqueó, con velocidad y a conciencia. Ellos comen asado frío al alba apenas saltan de sus catres, inmediatamente después de sacarse de encima los cueros de vaca con los que se tapan. Algunos toman un jarro de café hervido y otros, lógico, le entran al mate amargo. Sin lavarse demasiado la cara, sin enjuagarse la boca ni bostezar, se ponen sus sombreros, se ajustan sus pañuelos al cuello y abandonan la casa de barro, sendero abajo, hasta los corrales. ¡Es hora de ensillar! Grita uno por ahí. Hay que ir a

buscar el piño de ovejas al campo y traerlas hasta los corrales que abrazan el galpón donde se las va a esquila. Las ovejas quedaron en el potrero desde la noche anterior. Los balidos bajan por el cañadón seco que está detrás de los ranchos y rebotan en los chorrillos. (*Emula el sonido de los balidos de los corderos guachos.*)

El asador hace sonar una campana de fierro labrada, a continuación, se escucha el sonido de un motor que se enciende.

HIJO DEL CAMPO. —Hoy es día de esquila y señalada. Los caballos mansos quedaron encerrados en la caballeriza desde anoche. Las monturas están preparadas y algunos matungos ya tienen el cabestro puesto en la jeta. Lo que sí, hay perras que lloran feo pareciendo anunciar desconsuelos o alguna desgracia. Es que ayer Padre volvió a envenenar cachorros. Padre dice: “Si muerden la oveja, no sirven; si no obedecen, son descarte; si no entienden, ¿para qué están?; si no se ganan su estadía con lealtad, no merecen estar vivos los bichos”. Y si Padre lo dice, por algo será. Madre echa un chorro de agua caliente en la palangana de chapa para enjuagarse el hocico y matea en el más pulcro de los silencios. Mis dos hermanos mayores se ajustan sus bombachas de campo; se acomodan la faja; arriba se colocan la rastra, que siempre, pero siempre, reluce de monedas. Por último, se colocan el pasamontañas. Se suben el cierre de sus camperas de pluma y parten al corral apretando los dientes. Sus labios carcomidos por el viento van silbando bajito, bien bajito, esas penas viejas que aún viven en sus ojos.

Se escuchan balidos de ovejas en un corral. La gaucha con guitarra acaricia las cuerdas y hace brotar una melodía afligida. El asador anuncia el viento próximo y pide que la gente se abrigue.

3.

HIJO DEL CAMPO. —(Hablándole a un peón que está en el fondo de los corrales sosteniendo una tranquera.) ¡Pará, Figueroa! No te da el cuerpo, hermano. No sueltes la tranquera de golpe porque se te pasan todos los animales. ¡Qué paisano porfiado! Hace treinta años que está con nosotros y no aprende más. (Se golpea el pecho.) Dale, hombre, soltá los bichos, total acá hay cuerpo pa' aguantar. (Pausa.) Saben que hay algo que yo no entiendo: los Roly querían mandar dos apartadores ahora pa' la esquila. ¿Dos? No entiendo bien por qué. Si ellos tienen animales corriedale y nosotros, merinos. ¡Ojo! Yo no te digo que uno o dos bichos no se le pueden cruzar el alambrado. Sobre todo en la zona del Diente, que está caído, pero de ahí a mandar dos apartadores, me parece, cuanto menos, sospechoso. El que ya llegó fue el apartador de los Paredes, esta vez mandaron al pibe más grande. Llegó de madrugada con un pingo duro de bocado, de tiro lo traía: un espectáculo. Llegó con las bombachas pasadas de abrojo. Le metió lindo al galope. Apenas llegó, desensilló y se tiró a dormir al lado del recado. En plena intemperie. Un frío de la gran siete, una helada padre. No, si son como hacha pa' el frío los indios estos, aguantadores como sábana de abajo. El que no viene es el Adrián Suárez. Escuché eso hoy a la mañana en los mensajes para el hombre de campo, por LU14. No viene

porque la mujer tuvo cría. Una hembra. Sofía Suárez le puso. Nombre de reina. Vaya a saber que va a ser de la nena esa el día de mañana. Si acá en el campo solo se trabaja. Te levantás para trabajar, te acostás para trabajar al otro día y así se te pasa la vida. ¿Qué otra cosa va a hacer el hombre si no trabaja? Y vamos a hablar de trabajo, de puro comedido que soy. No porque yo sepa más que ustedes. Se van a imaginar una manga angosta de madera, unos ochenta centímetros de ancho, cruza de punta a punta. (*Señalando.*) En esa punta, vamos a ubicar a Padre, imagínenlo con la manija de una puerta pequeña en la mano. Altivo, pecho hinchado de orgullo, viendo cómo pasan sus animales. A través de las maderas angostas de la manga, desfilan: ovejas, corderos, borregos, capones y carneros. Balan agudo aquellos corderos guachos que perdieron a su madre en el destete. Chillan los bichos, de dolor animal. Cómo no vayan a chillar, si perdieron a la madre, pobrecitos. Seguimos: los peones apoyan los corderos sobre el borde de la manga de madera y ahí viene mi hermano mayor y les hace muescas en las orejas con una máquina parecida a una tijera. “Tu hacienda es tu hacienda”, dice. Y si él lo dice, por algo será. Yo corto colas de cordero merino. Con un cuchillo descomunal, corto cola y escupo. Chorros de sangre me baldean los párpados y salivo como si la mañana me hubiese quemado la lengua. Yo quiero capar a los corderos machos con otro sistema. La goma les hace mal. Yo sabría cómo hacerlo con más delicadeza para no triturarles los testículos. Pero Padre dice: “No, así no”. Igual Padre, a mí, siempre me dice que no. Padre me dice: “¡Así no! Usted no sabe, no puede; usted es un inservible. ¡Vaya a embretar ovejas con el resto de los peones!

¡Vaya atrás, bien atrás, donde no pueda verlo!”. Entonces, desde fondo del corral, revoleo mi pulóver y azoto el lomo de las ovejas como si fuesen potros que se retoban. Si una me mira mal, me le acerco y la abofeteo; si quiere escaparse, la monto y, mientras corcovea, le doy guacha, le doy sin asco, como sacándome la bronca de ser el último orejón del tarro. Y ahí, en el fondo del corral, ahí, donde el viento y la polvareda me cortan la cara hasta dejármela como lonja, rezagado, bien atrás, abriendo y cerrando tranqueras, soy baquiano, me las arreglo para sobresalir. Soy el mejor embretador de ovejas del mundo, no se me pasa ninguna, no dejo que me atropellen. Le pongo todo mi cuerpo a esta mañana sangrienta.

La gaucha con guitarra deja por un momento su guitarra, toma un bombo legüero y canta "El olvidao". El hijo del campo zapatea acompañando la letra. A medida que avanza el tema musical, rompe en un llanto casi imperceptible, pero nunca deja de zapatear. Sus movimientos, al principio algo duros y masculinizados, con el correr de la canción, se van volviendo más gráciles y delicados. El sonido del motor de la cuadrilla de esquila deja de rugir. La gaucha con guitarra se acerca al cordero porque quiere probar un trozo de carne. El asador troza el costillar y ofrece a los presentes, luego se suma a la ronda el hijo del campo para probar el manjar.

4.

HIJO DEL CAMPO. —(Comenta mientras come.) Esa es la señal. El sonido del motor que se apagó. Ahora la cuadrilla de esquila

completa para a comer. Los esquiladores se sacan sus camisas de fajina y ofrecen sus torsos sudados al universo, tiran sus alpargatas sin mirar a donde van a caer y se lavan las patas hinchadas en el chorrillo. Algunos almuerzan un plato de guiso, sentados sobre los cueros secos de oveja, apilados atrás del galpón; otros se acomodan como si fuesen mercadería en exhibición sobre las piedras que ahora, para mí, todas tienen formas. ¿Y yo? Yo, escondido adentro del baño de chapa, me hago una peluca con los hilos que se usan para coser los fardos de lana. Me armo la casita del amor. Mi recoveco de ensueño, mi refugio dorado. ¡Qué puro y silvestre soy! Buchón, uno de los indios me delata frente a toda la cuadrilla: “El hijo del patrón anda haciendo ademanes adentro del excusado, tiene modales, inclinaciones, es marcha atrás ese. Cola mocha le dicen”. *(Pausa.)* Entonces me retiro a pensar, con vergüenza, qué será de mí. ¿Qué será de mí después? Y qué será de este tiempo, que dejará de ser tiempo, como todos los tiempos, para convertirse, quizás, no sé, en una pequeña leyenda personal. *(Pausa introspectiva. Música. Bajan las luces.)*

5.

HIJO DEL CAMPO. —A la hora de la siesta, desde el jardín, llega el olor de los lupinos. Madre lava manteles y botas de goma, metida en el lavadero, y yo pienso: Madre, no se cuelgue de la aurora. No se esconda adentro de la rejilla del piletón porque no puedo verla. No me dé la espalda. Se me hace un nudo en la garganta y me cuesta caminar. Madre, hay olor a damasco

virgen y grosellas moradas trepando por las paredes de la piel de esta tarde que, una vez más, se nos deshace en las manos. Esta tarde donde yo he decidido meterla dentro de cada cosa que existe para tenerla siempre conmigo a donde yo vaya. Hay olor a cuero estaqueado, a techo con nidos de gorrión, a almohadones en sillón de cuerina gastada, a querencia, a chanco en chiquero, a rosales que están naciendo, a leña mojada, a luz mala, a lucero, a tranquera rota. Madre, ¿usted siente el fuerte aroma a vísceras de borrego, a sopa de Vitina, a tarta de manzana caliente? Hay olor a gargajo de paisano, a lazo gastado con el que me piala Padre hasta dejarme los tobillos en carne viva. *(Pausa.)* Madre, siento en mis fauces el olor a mi peón preferido. Ese que no se parece a nadie que haya conocido hasta hoy. Ese al que conocí muy bien, a veces, sin querer conocerlo. Ese al que vi quemando matas secas en invierno, sembrando la quinta que siempre se le inundaba al crepúsculo, al que vi inventando trampas para los pumas, armándose un cigarrillo con tabaco y papel. Ese mismo al que espiaba sin que él me viera mientras escuchaba radio por las noches. Ese al que observé borracho peleando contra mujeres blancas, mujeres fantasmas, que le comieron cajas enteras de fósforos, fósforos que él prendía para ahuyentarlas. Mi peón ausente, sofocado por dentro. Peón solitario. Cansino pero fuerte, estropeado pero alado, insurgente pero dedicado, bruto pero paciente conmigo. Madre, hoy vi cuando Padre ató a mi peón de las manos y lo arrastró con su camioneta hasta el fondo de la chacra. Su cara sangraba charcos de sangre con formas que no me hicieron bien. *(Llora.)* Vi cómo mis dos hermanos mayores le aglutinaban tiros en la frente. Lo vi irse de a poco, como va a apagarse este

día. Nadie va a reclamar su ausencia, lo sé. Nadie va a volver a preguntar por él, nunca. Nadie va a venir y va a decir: ¿cómo era?, ¿dónde está?, ¿por qué se fue?

El asador comienza a retirar los trozos de cordero que sobraron y los coloca en una fuente, luego apaga el fuego. La gaucha con guitarra canta "Zamba para no morir". El hijo del campo se quita su ropa de fajina. Vemos cómo su aspecto gauchesco va mutando al de un hombre de ciudad que dice sus últimas palabras antes de irse.

6.

HIJO DEL CAMPO. —El día está terminando. Todo es silencio acá en el campo. Y yo soy su hijo. Su hijo amado. Yo soy hijo del campo. De todas y cada una de las cosas que habitan en él. Soy el hijo de todos sus misterios. Acá todo ha sido calmo y parejo, otra vez. Ha llovido leve y grácil. Pausado. Hay rocío en puertas y ventanas de los ranchos y sobre la queresa de la carne preparada para el asado, que uno de estos días, quizás, no lo sé, tal vez, hemos de volver a comer en familia. El motor de esquila, que con su ruido todo lo engulle, se apagó liberando al personal, aliviando los cuerpos que piden descanso. La cuadrilla de esquila abandonó el galpón disparando hacia el chorrillo. Ahí buscan, sobre las piedras, un lugar donde poder acallar sus deseos más primitivos y rurales. Los paisanos se recuestan en sus camas fabricadas con bolsas de arpillera. No escucharon los tiros. Nadie, excepto yo, notará la ausencia de mi peón. Nadie vendrá a reclamar su muerte. Nadie, nunca, jamás, volverá a

preguntar por él. *(Pausa.)* Padre larga los animales esquilados al campo a pastar, los cuenta sin que se le pase uno solo. ¡No vaya a ser que se le pase un animal! Mis hermanos afilan sus cuchillos contra una vieja piedra como si nada hubiese pasado. Madre arranca los yuyos del jardín con una guadaña. ¿Y yo? Yo lloro a oscuras, dentro del baño de lata, lloro por todo lo que he perdido y sé que nunca más ha de volver.

El hijo del campo, ahora con una valija en la mano, comienza su viaje hacia otro lugar.

FIN

GLOSARIO

Borregos: cordero de dos años.

Caballeriza: recinto cerrado y cubierto preparado para la estancia de caballos y otros animales de carga.

Capones: machos castrados.

Chorrillo: arroyo.

Churrasquear: comer algo, apurado, antes de ir a trabajar.

Cojudo: caballo que no ha sido castrado, padrillo.

Corcovear: dar saltos encorvando el lomo.

Cuadrilla de esquila: grupo de esquiladores que se encarga de sacarle el vellón a las ovejas con máquina o tijera.

Embretar: encerrar las ovejas en un corral.

Esquilar: cortar la lana del ganado.

Grosellas: frutos rojos.

Lobuno: caballo con pelaje grisáceo en el lomo.

Lupinos: género de plantas herbáceas.

Oveja corridale: raza ovina.

Oveja merina: raza ovina.

Pangaré: caballo color del pan que tiene la boca color claro, crema.

Pialar: tirarle un lazo a un animal para derribarlo.

Piño de ovejas: conjunto de animales.

Potranca: cría de la yegua que tiene menos de tres años.

Queresa: desecho intestinal de la mosca, pequeños gusanos.

Redomón: caballo que no ha sido domado completamente.

Señalada: proceso de identificación del ganado mediante muescas en las orejas.

Tobiana: yegua de dos colores.

HIJO DEL CAMPO

Marzo de 2025 - Primera edición



Hijo del campo nos presenta dos personajes que ponen en jaque a la cultura gaucha. Lo femenino a través de la figura de la madre, que es referida en el relato, cumple con el rol pasivo establecido para las mujeres en el campo, desde la abnegación y el sometimiento. Pero no ocurre lo mismo en la escena, donde se nos presenta “una gaucha”, y no una china, con su guitarra interpretando un repertorio tradicional. No se problematiza ese rol, directamente ella lo toma -quizás sea el único camino-, y se desempeña como una cantora con indumentaria campera que acompaña con sus canciones las vicisitudes del gaucho.

¿Es posible asumir roles propios del campo dejando de lado los mandatos pensados para lo femenino y los masculino? La obra nos plantea una tensión al respecto, un sutil cambio en la corporalidad del protagonista, evidencia que ya no puede permanecer allí, sin embargo, continúa siendo un “hijo del campo” más allá de todo, y seguirá llevando ese mundo como parte de su identidad vaya donde vaya, quizás como una forma de resistencia.

Yanina Andrea Leonardi